

Para los europeos, la libertad del hombre coexiste con la Providencia divina: porque, ¿cómo negaría su libertad el hombre, en donde todo sucumbe ante esa libertad, en donde la naturaleza domada le llama su señor, y rendida á sus piés, canta sus triunfos?

Así, el espiritualismo es el fundamento de su religión; y la libertad humana, la primera de todas sus creencias, y el primero de todos sus dogmas.

El europeo no puede reconocer en la fuerza material el atributo de la soberanía: porque, ¿cómo reconocería por señora á la que ha sido su esclava? El que no rindió párias ni homenaje á las fuerzas de la naturaleza, ¿las rendiría, por ventura, á la fuerza material de los tiranos? El europeo, que está pronto á sublevarse contra la tiranía de la naturaleza, está pronto á sublevarse contra la tiranía de los hombres.

El europeo obedece á los poderes legítimos; es decir, á los poderes sancionados por la razón y por el tiempo; pero obedeciéndolos, no abdica su libertad, no los adora. Sus adoraciones están reservadas para Dios; en cuanto á su libertad, ¿cómo la sacrificaría en los altares de los hombres, cuando no la sacrifica en más elevados altares?

De esta manera, en Europa, el hombre es espiritualista y libre. En Asia, materialista y esclavo.

La lucha entre el Oriente y el Occidente tiene por objeto providencial resolver la cuestión, de si el hombre ha de levantar altares al espíritu, ó á la materia: á la libertad, ó al destino. Para convencerse de esta verdad, bastará poner la consideración, en que todos los conquistadores del Oriente han buscado su punto de apoyo en el número, es decir, en la fuerza material de sus ejércitos; mientras que los capitanes del Occidente le han buscado en la disciplina, es decir, en la fuerza moral de sus legiones. ¿Quién no vé aquí la lucha entre las fuerzas físicas y las intelectuales, entre la materia y el espíritu, entre las fuerzas de la naturaleza y la inteligencia del hombre? El que no vé en la lucha de esos ejércitos la lucha de estos principios, ignorará siempre, que los principios explican los hechos; que la filosofía explica la historia.

Entre la conquista del Oriente por Roma, y su conquista por Alejandro, á vuelta de algunas semejanzas, hay diferencias esenciales, que me parece necesario consignar aquí, por la luz que derraman sobre las distintas fases que va presentando la cuestión del Oriente, con el progreso de la civilización, y con el trascurso de los siglos.

El destino del Oriente era ser vencido por el Occidente; porque está escrito que la materia ha de obedecer al espíritu; que la fuerza ha de obedecer á la razón; que el número no ha de prevalecer sobre la disciplina; que las fuerzas materiales han de obedecer á las intelectuales; y que el destino, esa divinidad ciega é inexorable del Oriente, no puede asentar su dominación sobre la tierra, ese gran feudo concedido por Dios á la libertad humana. Pero ese gran acontecimiento, que ha tenido en espectación á las naciones, debía sujetarse, como todos los acontecimientos humanos, á la ley providencial de la historia. En virtud de esa ley, la humanidad camina; pero, como ha de caminar siempre sin reposarse jamás; y como su camino es agrio y escabroso, sus pasos son mesurados y lentos. El hombre se apresura, porque siente dentro de sí la voz de su espíritu, que le dice, que solo es dueño de la hora que se desliza y que pasa; pero ¿por qué se apresuraria el género humano, como se apresura el hombre, cuando tiene delante de sí el Océano de los tiempos, y cuando las fronteras de la eternidad son sus únicas fronteras?

El Occidente debía salir vencedor del Oriente, en tiempo de Alejandro; porque la cultura intelectual de la Grecia era un progreso, comparada con el materialismo grosero de los pueblos asiáticos; y la humanidad, entonces como ahora, y como siempre, de-

bia caminar hacia la conquista de sus gloriosos destinos, por el camino del progreso; pero la victoria de la Grecia sobre el Asia no podia ser definitiva; porque la civilizacion de la Grecia no era definitiva tampoco. Una victoria definitiva solo podia ser el resultado de una civilizacion completa. Sin embargo, las conquistas del generalísimo de los griegos no fueron estériles. Con ellas, tuvo fin aquel colosal imperio, que habia pasado á los persas de manos de los medos, y á los medos de manos de los asirios. De esta manera, perdió el Asia aquella fuerza que consistia en su volumen, y sin la cual no podia resistir á la civilizacion de los pueblos de Occidente. Por otra parte, los griegos del tiempo de Alejandro, como los franceses en tiempo de Napoleon, al derramarse por el mundo, sembraban por el mundo sus ideas. De esta manera, puesta el Asia en contacto con la Europa, perdió á un mismo tiempo su unidad material y su unidad moral: la material, porque se fraccionó su territorio: la moral, porque se alteraron sus costumbres.

La civilizacion romana fué un verdadero progreso, comparada con la civilizacion griega. Su organizacion política era más robusta, su organizacion social más poderosa, su unidad territorial más grande, sus leyes más sábias, sus hombres de estado más previsores y prudentes. Los que, en punto á civilizacion, dan la palma á los griegos sobre los romanos, confunden la civilizacion con la cultura. La cultura es la civilizacion propia de un pueblo de poetas y de artistas. La civilizacion es la cultura propia de un pueblo que se ocupa en resolver graves problemas políticos, y graves problemas sociales. La cultura es la civilizacion de un pueblo en su infancia: la civilizacion es la cultura de un pueblo ya adulto, y ocupado en pensamientos viriles.

Entre las conquistas del Oriente por Alejandro, y su conquista por Roma, hay, pues, la notable diferencia de que, en el intervalo que se advierte entre las dos, la civilizacion propia de los pueblos occidentales habia progresado, y la civilizacion propia de los pueblos orientales habia retrocedido. La primera habia marchado en un constante progreso; la segunda, en una constante decadencia. Esto sirve para explicar, por qué la conquista del Oriente por los roma-

nos fue más fácil y más bien asentada, que la conquista del Oriente por los griegos.

Sin embargo, la victoria de Roma no podia ser definitiva; porque su civilizacion, siendo más avanzada que la de los griegos, no era tampoco completa. Así, sucedió que cuando Roma fue señora de la tierra, y amarró al mundo al Capitolio, no pudo con sus trofeos. Sus hombros no eran hombros para llevar el mundo: su mano no era bastante poderosa para llevar el cetro de las gentes: al rededor del Capitolio, no cabian las naciones. Entonces abdicó en mano de los Césares, de quienes fué, primero, esclava; y luego, prostituta. Los historiadores dividen el imperio; en la época de su engrandecimiento y de su gloria; en la de su declinacion y su oprobio; y en la de su agonía y de su muerte. Esta clasificacion, considerada bajo cierto punto de vista, es arbitraria. La historia de la república es la historia del progreso; la historia del imperio es la historia de la decadencia de Roma. Cuando la república desapareció, Roma habia perdido sus costumbres con sus discordias civiles, origen fecundo no solo de grandes desastres, sino tambien de grande inmoralidad para los pueblos. Cuando la república desapareció, Roma habia visto profundamente alteradas sus ideas con el progreso de la filosofía materialista de Epicuro. Señora del mundo, desde los tiempos de Sila; alteradas las ideas y las costumbres del mundo romano, se alteraron tambien sus creencias religiosas, hasta el punto de recibir con festejos y con honores divinos á todos los dioses desconocidos de todas las naciones; convirtiéndose así en inmensos panteones los templos consagrados antes á los severos dioses de la Etruria. Roma, que habia perdido sus ideas, su religion y sus costumbres, perdió tambien sus magníficas instituciones. El poder monárquico, y el poder republicano pueden ser legítimos; porque pueden asociarse á la idea del derecho. Pero el poder de los emperadores, sostenido por los pretorianos; y salido, armado de todas armas, del pretorio, como Minerva de la cabeza de Júpiter, era un hecho monstruoso, absolutamente separado de la noción de la legitimidad; un hecho monstruoso, monstruosamente producido por la fuerza. Desde que Roma se sujetó á ese hecho, la santa

nocion del poder político y social desapareció de las sociedades humanas. Un emperador no era un rey, ni era un cónsul: no era un Dios, ni era un hombre. Los emperadores, sin adquirir nada de divino, perdian todo lo que tenían de humano, al subir al Capitolio. Abortos de la fortuna, al poner el pié sobre las gradas del trono, se sentian poseidos de un vértigo, y tocados de demencia. Roma era, á la sazón, una vil prostituta, que se compraba y se vendia. Su cetro y su corona estaban en el mercado. Los pretorianos eran los mercaderes; y los sirios, los árabes y los godos fueron los compradores. No hubo nacion bárbara, que no enviase alguno de sus hijos, para que pusiera el pié sobre la cerviz de Roma: de Roma, temida antes de las naciones, y ya fábula y ludibrio de las gentes.

No pudiendo Roma por sí sola con el peso del orbe, dividió su principado: entonces, hubo dos Romas, y hubo dos imperios: la Roma oriental, y la Roma occidental; el imperio de Oriente, y el imperio de Occidente. Ni aun así pudo conservar su dominacion, ni defender sus fronteras. Dios soltó contra ella la represa de su ira; y confió el ministerio de su venganza á pueblos sin nombre, desprendidos del polo para lavar con torrentes de sangre las inmundicias de Roma; esa casa de prostitucion, y esa cloaca del mundo.

Una nueva aurora lució en la oscuridad: un nuevo sol brilló en los horizontes. El Oriente no se habia sometido definitivamente ni á la espada de Alejandro, ni á la espada de Roma; porque esas dos espadas pertenecian á dos pueblos, cuyas civilizaciones habian de ser acometidas de disolucion, más tarde ó mas temprano; porque eran civilizaciones locales, civilizaciones incompletas. La civilizacion que debia reinar en el mundo, debia ser universal; es decir, fundada en la naturaleza del hombre; puesto que todos los hombres debian someterse á su imperio. Esa civilizacion era el Cristianismo.

El Salvador de los hombres habia encargado á sus discípulos, que llevasen su palabra á todas las zonas de la tierra: esto consiste, en que su palabra se dirigia al género humano; sin distincion de razas y de familias; en que su doctrina era, al mismo tiempo, *leche para los niños, y pan para los adultos*: en que su civilizacion

era una civilizacion universal, que no necesitaba del apoyo de la espada, para penetrar en el corazon de las más apartadas regiones. Sin embargo, el Cristianismo, depositario de una civilizacion universal y completa, y de la verdad absoluta, debia obedecer, y obedeció á la ley universal, que preside al desarrollo de todos los acontecimientos históricos. Su toma de posesion del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodia, debia ser segura, pero lenta. El Cristianismo debia pulverizar las civilizaciones antiguas, debia modificar la organizacion de las sociedades, debia dar una nueva direccion á las costumbres de los pueblos y á las ideas de los hombres; y proclamando la personalidad del esclavo y de la mujer, y destruyendo las barreras que entre las razas de los hombres habian levantado las manos de los hombres, debia alterar la constitucion de los Estados, y la constitucion de las familias. Pero todas estas alteraciones y mudanzas debian realizarse sin trastornos y sin revoluciones; es decir, con el perezoso transcurso de los tiempos. El hijo de Dios pudo rescatar al género humano, desde el dia en que Dios puso al hombre en el mundo como al niño en su cuna: y sin embargo, entre el dia en que perdió el hombre su inocencia, y el dia de su rescate; entre el dia en que fué lanzado del Edén, y el dia en que, con la sangre derramada en la cruz, se escribió el nuevo pacto de alianza, puso Dios muchos siglos.

El Cristianismo comienza por la predicacion; porque, antes de todo, era necesario que los apóstoles se revelasen, por medio de la palabra, á la tierra: anunciado á las gentes, era necesario que disolviera la antigua civilizacion, y que la disolviera por medio de la discusion, y no por medio de la espada. Esta es la época de los doctores, y de sus controversias con los filósofos gentiles. Anunciado al mundo como la verdad, y vencedor del gentilismo, era necesario que se constituyera en poder político, religioso y social; porque todos los poderes habian naufragado á un mismo tiempo en el naufragio de la antigua civilizacion, y en el naufragio de Roma. Esta es la época de los Pontífices; época en que se restauró la nocion de la autoridad pública en el mundo, y en que comenzaron á adquirir cierta unidad y consistencia las sociedades humanas.

Mientras que el Cristianismo iba así dilatando sus conquistas, y afirmando su poder en las regiones occidentales, el Oriente se conturbó con la presencia de un hombre. Ese hombre es Mahoma. Mahoma despertó á los árabes de su profundo létargo; y levantó á sus tribus, como el huracán á las arenas de sus inflamados desiertos. Así volvió á embravecerse la lucha entre el Oriente y el Occidente: lucha terrible, en que el mundo remitió al azár de los combates la decision, de cuál habia de ser su código; cuál habia de ser su estandarte; cuál habia de ser su Dios; y quién era su profeta.

El Cristianismo se habia derramado por el mundo, magestuoso y sereno, como un mar sin tempestades. El islamismo se derramó por la tierra, rápido y tumultuoso, como un crecido torrente. El Cristianismo, obra de Dios, estaba hecho para la eternidad: el islamismo, obra del hombre, era un accidente de la historia, y una modificacion de los tiempos. Véase aquí, por qué el uno era rápido y tumultuoso, y el otro pacífico y mesurado: véase aquí, por qué el uno era como un vasto mar sin movimiento y sin límites; y el otro como un torrente, crecido en la mañana, y seco á la tarde.

El Cristianismo se dilató por medio de la discusion: el islamismo quiso dilatarse por medio de la espada. Mahoma, despues de haber sometido la Arabia, funda el poderoso imperio de los Califas. Los sarracenos, derramándose por el Septentrion y el Oriente, someten á su yugo la Siria, la Palestina y la Persia. Chipre cae en su poder: volviéndose hácia el Oriente, se derraman por el África: viniéndoles estrechas las dilatadas regiones, pasan el estrecho, ponen el pié en la peninsula ibérica; y en una batalla campal, orillas del Guadalete, sepultan al pueblo de los godos, y ponen fin á su antes poderosa, y entonces flaca monarquía. Delante de sí se levantan los Pirineos, como gigantes que salieran al camino, para atajarles el paso. Los sarracenos salvan sus ásperas cimas: pero Carlos Martel, campeón de la cristiandad, de estirpe egregia y generosa, los esperaba á pié firme; y trabada la batalla, rompe sus haces: la cruz sale vencedora del estandarte del profeta.

Porfiada fué la lucha en otros países y regiones. Jamás la civilizacion oriental habia declarado una guerra más obstinada á la civi-

lizacion del Occidente. Su nuevo vigor consistia, en que el fatalismo, que habia sido siempre un hecho entre los pueblos asiáticos, fué transformado por el legislador de los árabes en dogma.

Algunos creen que Mahoma trajo al mundo la doctrina del fatalismo: este es un error. El fatalismo habia sido, desde la antigüedad mas remota, la doctrina del Oriente. El título de gloria de Mahoma, y lo que le sublima sobre todos los reformadores humanos, es haber rejuvenecido el Oriente en los dias de su decrepitud, transformando su doctrina en creencia.

Mientras que el islamismo se propagaba por el Oriente, unas veces con próspera, y otras con adversa fortuna, el Cristianismo se afirmaba lentamente en el suelo fecundo y predestinado de la Europa. El Capitolio, asiento de los Pontífices, estaba en posesion de la eternidad de su segunda vida. El mundo escuchaba reverente sus oráculos; porque Roma era la fuente del poder, de la legitimidad y del derecho. La unidad religiosa del Occidente produjo el acontecimiento más maravilloso, entre cuantos están consignados en los anales de los pueblos por las plumas de los historiadores. Los castillos quedaron silenciosos, porque fueron abandonados de sus señores feudales: los tronos quedaron vacíos, porque fueron abandonados de los príncipes: las ciudades quedaron desiertas y silenciosas, porque las abandonaron sus gentes. ¿A dónde van esas gentes, y esos príncipes, y esos barones feudales? Van, armados sus pechos de la cruz, y sus corazones de la fé, y sus brazos de acero, á conquistar un sepulcro, y á morir, despues de haber derramado sobre él lágrimas y flores.

Si yo supiera escribir, escribiria una obra, contando las maravillas de la religion que produjo la mayor de todas las maravillas; las Cruzadas. Pero Bossuet no existe, y solo Bossuet podria derramar todas las pompas de su estilo sobre las magnificencias de esa historia.